

se conoce la verdadera religión), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre más que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradición de los siglos, y no atienden en la reorganización de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por más que aquél se abandone á los sueños de su imaginación, por más que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho más razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guía, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando á él parezca que camina conducido tan sólo por la luz de la razón.—*J. B.*

VERDADERA IDEA DEL VALOR

Ó REFLEXIONES

SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA Y VARIEDADES DE LOS PRECIOS

Valor: he aquí una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicación es tanto más difícil el acierto cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido, y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presunción de exactitud, tiene sin embargo las más de las veces un admirable fondo de buen sentido y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo cuando se trata

de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda más corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linaje de objetos, hállase depositado en ellas ese buen sentido, esa razón tan exacta y profunda, como sencilla y exenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sabio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su extensión, y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda obscurecer ó confundir su significado: empezar examinando el sentido más usual en sus aplicaciones más naturales y sencillas, observar luego las demás, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradación de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificación espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por experiencia, la claridad, la distinción, la exactitud que de este examen reciben las ideas; pues el examen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un examen y análisis de las ideas. Hállase por lo común en las palabras muy generales la expresión de alguna idea matriz donde van á tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada ésta con toda precisión, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demás: sintiendo entonces el entendimiento toda la extensión y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

Á no seguir este camino, apenas es posible entrar jamás en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo común las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis,

una falsa limpieza de lenguaje, son bastantes á dar por el suelo con nuestro espíritu de despreocupación y de independencia, y adoptamos ciegamente la falsa explicación de una idea, sobre la cual se cimenta no pocas veces todo un sistema científico; si el uso común contraría nuestra aceptación le rechazamos como infundado y poco razonable; y cuando notamos que á pesar de nuestra filosofía va siguiendo el mundo su ordinario curso sin alterar su lenguaje, nos quejamos de la rutina, de la preocupación de que á nuestro ver están plagados todos los demás hombres.

Errado el principal punto de vista, es imposible que todo cuanto tiene relación con él, no se nos presente alterado, desfigurado y confundido; y como por lo común nos cuesta tanto trabajo el desprendernos de nuestras concepciones, mayormente si hemos llegado á persuadirnos de que hay en ellas algo de nuevo é importante, doblegamos el principio sentado hasta que se ajuste á todas las proposiciones secundarias, y á cuantas aplicaciones queremos excogitar.

Previas estas consideraciones entremos en la explicación de la palabra que forma el objeto del presente discurso.

El valor de una cosa es susceptible de aumento ó disminución, es comparable con el de otras, y este aumento ó disminución de los valores, y la relación que se conoce por medio de la comparación, son cosas que pueden estimarse más ó menos aproximadamente; pues que tal estimación la hacemos á cada paso en todos nuestros planes y proyectos, en todos nuestros contratos, y puede decirse que casi en todas nuestras acciones. Para formar juicio apreciativo de un objeto, necesitamos siempre escoger un punto de comparación; sin él es imposible que podamos establecer nada con respecto á una cosa. Es esto tan indispensable como poco advertido; y para hacerlo conocer y sentir, observaremos que este punto de comparación le llevamos de continuo con nosotros mismos en todos los

juicios que formamos, variando éstos y las palabras que los expresan, en variando el punto de comparación á que se refieren. Algunos ejemplos harán palpables el sentido y verdad de estas reflexiones.

Para darnos á entender mejor, asentaremos antes dos proposiciones que parecen paradoja, y son las siguientes: *Nada hay grande sino lo infinito, nada hay pequeño sino la nada; todo es grande excepto la nada, todo es pequeño excepto lo infinito.* No trato de apelar á sutilezas, y si únicamente al sentido común, al lenguaje más usual, más vulgar. Un enorme peñasco es muy grande: y ¿cuándo? y ¿cómo? cuando se le comparan las piedras que hay en torno de él; pero considerada la extensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña; y si calculáis la longitud, la elevación ó la masa de las montañas, no repararéis siquiera en él; lo despreciaréis como cantidad insignificante. Si se calcula la mole de la tierra, entonces las inmensas cordilleras se convierten en un átomo; á su vez queda el globo reducido á una cantidad muy pequeña si se compara con el espacio encerrado en el sistema planetario; y el mismo sistema planetario no es más que un punto si se considera la inmensidad del Universo. Un reducido estanque de agua es nada en parangón con el Océano; y es muy grande si se toma por punto de comparación una pequeñísima gota de fluido: esta gota de fluido es una mar de grande extensión para los insectos que sólo se descubren con el auxilio de finísimo microscopio, y estos imperceptibles insectos tienen una gran mole, si se comparan con las pequeñísimas partes que entran en la formación de sus miembros. Este ejemplo, bastante por sí solo á sugerir muchos otros, prueba hasta la evidencia la necesidad que tenemos de un punto de comparación para formar juicio de un objeto en que se aprecie la cantidad; y he aquí por qué siempre que queremos fijar las ideas, andamos en busca de una medida.

Y ¿cuál podemos escoger para apreciar el valor de las cosas? antes es necesario saber qué es valor. Destutt-Traci

ha dicho que la medida del valor de las cosas era el trabajo que costaba, y como el trabajo debía también tener su valor, ha añadido que el trabajo tiene dos valores: uno natural y necesario y de consiguiente fijo en cuanto lo consiente la naturaleza de la cosa, otro convencional, eventual y variable. Para explicar en qué consiste el primero, observa que todo ser animado empleado en el trabajo, durante éste, tiene que satisfacer algunas necesidades; si ellas no se satisfacen, el trabajo cesará; de consiguiente su trabajo representa la suma de los medios necesarios para satisfacerlas; y esta suma es la medida natural y necesaria del valor del trabajo. El segundo valor es la utilidad que produce el trabajo. Estas ideas que se presentan tan claras, tan limpias y analíticas, parece que nada dejan que desear; así es mirando sólo la corteza de los objetos; pero profundizando más sobre el particular se verá hasta la evidencia que Destutt-Traci se equivocó completamente. No quiero decir que no hay en sus ideas algo digno de notarse, y que no columbrara por lo menos el buen camino, pero no pasó de aquí; y así es que tomando un sendero errado, confundió verdades preciosas con errores y hasta con absurdos.

Observando el significado usual, y aun el etimológico de la palabra *valor*, notaremos, que en ella y en todas cuantas ó proceden de la misma ó dimanen de común raíz, se halla siempre envuelta con esta ó aquella forma, la idea de provecho, utilidad, aptitud, poder para alguna cosa. Exáminese su significación en el origen latino, y considérese luego el mismo en nuestra lengua. «Eso vale, eso no vale, no vale para nada, más me vale, valimiento, válido, inválido, hombre de valer, valiente, valeroso.» he aquí la misma raíz extendida á cosas de órdenes bien diferentes, y siempre encerrada en ella la idea de utilidad, provecho, aptitud, poder para alguna cosa: es decir relación de un medio á un fin, enlace de éste con aquél.

Esta idea se presenta por de pronto vaga, tal vez confusa, y sin embargo es preciosa, llena de luz; es tosca, sólo

falta desbastarla. El análisis en que voy á entrar, me conducirá á la proposición siguiente:

El valor de una cosa es su utilidad. Entiendo aquí por utilidad la aptitud de la cosa para satisfacer nuestras necesidades, y en la palabra necesidades encierro las naturales, las facticias, las verdaderas, las aparentes, las grandes, las pequeñas, comprendiendo por consiguiente entre ellas, las comodidades, gustos, placeres, caprichos, etc.

Para poner la cuestión en el terreno más sencillo, pregunto ¿cómo apreciamos el valor de los alimentos? ¿Qué cosas entran en consideración para determinar nuestro juicio? La sanidad, el sabor, el olor, su vista, todo en relación con nuestra utilidad. Dos individuos han de hacer un cambio de ellos; ¿qué mirarán? la salud, la edad, el gusto, el capricho y otras cosas semejantes. Se ha de juzgar cuál de dos comidas se aventaja á otra; ¿á qué se atenderá? ¿á lo que acabo de decir ó á lo que cuesta? Si el que ha cuidado de aparejarla, hubiese desempeñado mal su tarea, expendiendo una suma considerable, grandes fatigas y trabajos, y la comida no fuese tan útil como otra menos costosa, ¿podría pretender la preferencia del valor de la suya, alegando sus trabajos y dispendios? Y sin embargo según Destutt-Traci el valor natural y necesario de la comida sería el trabajo que cuesta; idea falsa, absurda, rechazada por el buen sentido, y que sacada del terreno científico, y arrojada en medio de alegres convidados no podría menos de sufrir satírico gracejo.

Fácil sería aplicar las mismas consideraciones á los vestidos, y á cuanto está sujeto á evaluación; pero cualquiera alcanzará la extensión de que es susceptible la aplicación de estas ideas. En este punto el error fundamental está en confundir el *coste* con el *valor*; palabras que significan ideas muy diferentes; ideas que á veces andan en proporción, á veces en suma discrepancia: ideas que en la complicación de las relaciones sociales, tienen á menudo cierta delicada dependencia, la cual puede traer consigo gran confusión y dar lugar á equivocaciones capitales; y seguramente que

por no haber andado bastante curioso ó bastante afinado en deslindarlas el indicado autor, cayó en un error tan notable. Y cuenta que esta es una de las ideas más fundamentales de la economía política, y será difícil caminar sin tropiezo en no teniendo por guía una clara inteligencia de este punto.

Cuán diferente sea el *coste del valor* y por consiguiente cuán falso el decir que el valor natural y necesario de todas las cosas y del trabajo, sea lo que cuesten, no lo ha de decir la ciencia, sino el lenguaje común, vulgar, el buen sentido de cualquier hombre, el instinto de un niño.

He aquí una cosa que me *cuesta mucho* y *no vale nada*; dice muy naturalmente cualquiera que haya empleado infructuosamente su trabajo ó dinero; y sin embargo en habiendo mucho trabajo debería haber mucho valor *necesario y natural*, si nos atuviéramos á las definiciones del nombrado economista. Imposible parece asentar una proposición que esté en contradicción más manifiesta con las nociones más sencillas, con el lenguaje más usual y vulgarizado. Seguiríase de aquí que el trabajo de un hombre que hubiese ideado ó hecho una máquina de que pudiera reportar grandes beneficios, tendría igual valor natural y necesario que el trabajo de otro que se hubiera ocupado el mismo tiempo con igual fatiga é iguales gastos en construir un artefacto de despreciable importancia.

¿Qué es riqueza? Todo lo que es á propósito para satisfacer nuestras necesidades; así lo dice el mismo autor; el más rico es el que tiene cosas de más valor, luego la medida del valor depende de la utilidad. Es cierto que un ser animado tiene necesidades y que éstas se han de satisfacer durante el trabajo; es cierto que los medios necesarios para ello, ó han de ser producto del mismo trabajo ó se han de llenar de otra manera el vacío; pero ¿qué tiene que ver esto para constituir el valor de la cosa trabajada ni del trabajo? Dígase que es una condición precisa si ha de durar el trabajo, el satisfacer las necesidades del ser animado que trabaja, si se quiere que continúe el trabajo, y se dirá una

verdad clara y sencilla; pero si se pasa á medir el valor de las cosas por la suma de estas necesidades, se dirá una cosa falsísima, y que podría muy bien calificarse con términos más duros.

No negaremos que en algunos casos el coste del trabajo contribuya al aumento del valor de la cosa; pero es accidental siempre y nunca depende de aquí el verdadero valor de ella.

Para poner en claro tan complicada materia, recordaremos lo que llevamos ya asentado, á saber: que la medida única del valor de una cosa, es la utilidad que proporciona; y extendiendo y aplicando esta definición quedará todo en un punto de vista luminoso.

Si la utilidad es *la única medida* del valor de una cosa, ¿cómo es que vale más una piedra preciosa que un pedazo de pan, que un cómodo vestido, tal vez que una saludable y grata vivienda? No es difícil explicarlo: siendo el valor de una cosa su utilidad, ó aptitud para satisfacer nuestras necesidades, cuanto más precisa sea para la satisfacción de ellas tanto más valor tendrá; débese considerar también, que si el número de estos medios aumenta, se disminuye la necesidad de cualquiera de ellos en particular; porque pudiéndose escoger entre muchos no es indispensable ninguno. Y he aquí por qué hay una dependencia necesaria, una proporción entre el aumento y disminución del valor, y la carestía y abundancia de una cosa. Un pedazo de pan tiene poco valor, pero es porque tiene relación necesaria con la satisfacción de nuestras necesidades, porque hay mucha abundancia de pan; pero estrechad el círculo de la abundancia, y crece rápidamente el valor, hasta llegar á un grado cualquiera; fenómeno que se verifica en tiempo de carestía, y que se hace más palpable en todos géneros entre las calamidades de la guerra en una plaza acosada por muy prolongado asedio. Entonces podrá valer un pan una onza de oro, diez, diez mil si el hambre llega á su máximo; y ¿por qué? porque se aumenta la relación que tiene aquel pan con la satisfacción de la prime-

ra necesidad; el valor del oro entonces decae rápidamente, y puede llegar á reducirse á la nada; y ¿por qué? porque pasa á ser inútil, porque no sirve, *no vale* para satisfacer nuestras necesidades; y si algún valor le queda es por la eventualidad que hay de que, pasado el asedio, podrá ser útil, podrá valer para el propio objeto.

De todo lo asentado hasta aquí se deduce que el valor de un objeto consiste en la dependencia que de dicho objeto tiene la satisfacción de nuestras necesidades; y por consiguiente cuanto más *capital* sea esta necesidad, y cuanto más *urgente*, y además cuanto más *preciso* sea en particular el objeto para satisfacerla, tanto más será el valor de él: por manera que podría decirse hablando matemáticamente, que el valor está en razón compuesta de la directa de la importancia de la necesidad y de su urgencia, y de la inversa de la abundancia de los medios de satisfacerla.

Atendida la naturaleza de las cosas en general, y la de la sociedad, es evidente que estos *factores*, importancia, urgencia y abundancia de medios, estarán sujetos á muchas variaciones; y que además habiendo de apreciarse estos factores en resultado final por el juicio de los hombres, resentiránse por precisión del clima, de la estación, del estado de la sociedad, de las disposiciones particulares de ciertas clases é individuos, y de la veleidad, de los caprichos, de las modas, y de mil otras circunstancias imposibles de enumerar en su totalidad, pero muy fáciles de notar para ensartar de ellas, si necesario fuere, una larga cadena. Y he aquí lo que sucede puntualmente, porque así debe suceder.

Vamos ahora á ver si es dable poner en igual grado de claridad la relación que hay entre el coste y el valor. Es innegable que se han de satisfacer las necesidades del ser animado que se emplea en un trabajo; y fácilmente se alcanza que esto ha de influir en el coste. Para deslindar bien las ideas observaré que esta verdad, palpable como es, está sin embargo mal presentada; pues se ofrece como un

principio general lo que no es más que la aplicación á un caso particular. Necesario es mantener al jornalero, pero necesario es también mantener al buey que arrastra el arado, al mulo que hace girar una palanca, al caballo que tira de un coche; así como es necesario también reparar la parte que se va consumiendo ó menoscabando de una máquina, cubrir, digámoslo así, las necesidades de la máquina. Por manera que si bien se observa, generalizando esta verdad, diremos que para que se pueda trabajar es menester conservar el instrumento, ó hablando con más generalidad y exactitud, *para que continúe la producción del efecto es menester conservar la causa*. Mirada bajo este aspecto la proposición se presenta más limpia, más clara y sencilla; crúzase con menos embarazos y consideraciones determinadas, es susceptible de aplicación más fácil y extensa, se presta mejor á las observaciones, y haciendo entrar el trabajo del hombre en la línea de las otras causas, simplifica mucho la cuestión y evita errores y equivocaciones.

Pero no basta esto para dar á las ideas toda la claridad de que necesitan y son susceptibles; sino que se ha de observar además, que no es suficiente atender á la conservación de una causa, sino que es preciso proporcionársela, si no se la tiene á la mano, y en muchos casos es preciso hasta producirla. Errariase por tanto si no se llevaba en cuenta el coste que esto puede traer consigo; y se prescindiría en la ciencia, de consideraciones de que el hombre más rudo no se olvida en la práctica. Necesítanse animales para el transporte, v. g., y no sólo es preciso atender á la conservación de ellos, sino que es menester cuidar de su reproducción; de manera que en último resultado todos los gastos que ha ocasionado la cría, es necesario que de un modo ú otro figuren en el cálculo. Necesítase agua para el movimiento de una máquina, no está inmediata, es necesario conducirla de cierta distancia; esto ocasionará gastos que han de entrar en la cuenta.

Si ha de haber efecto es necesario que exista la causa,

que ésta se *aplique* y además que se *consERVE*: he aquí lisa y brevemente expresado lo que hay en la materia: pasemos adelante.

No es menos evidente que quien ha de aprovecharse del efecto es menester que cuide de la *producción, aplicación y conservación de la causa*; ó que al menos reintegre al que cuida de ello. Y no tratamos de la cosa bajo el aspecto de equidad y justicia, porque, como se ha podido notar, de propósito hemos prescindido de toda clase de consideraciones morales; hablamos de la necesidad entrañada por la misma naturaleza física de las cosas. Porque bien claro es que quien necesita pan y ni quiere cuidar de labrar la tierra, de sembrar, cultivar y recoger el grano, ni moler el trigo, ni amasar la harina, ni cocer el pan; si se empeña además en no querer satisfacer á otros que por él se tomarían esa pena, se ha de quedar sin comer, y de buen ó mal grado se verá precisado á entrar en razón acosado por el hambre.

Sentadas estas verdades que de puro sencillas y fundadas en la experiencia cotidiana, apenas pueden apellidarse teoría, descendamos á la piedra de toque de la aplicación; así percibiremos más claramente la fecundidad y verdad de ellas, viendo cómo se hermanan con lo que á cada paso nos ofrece el trato común de la sociedad.

Necesítase al año, para cubrir las necesidades de un país, una cierta cantidad de tejidos, de esta ó aquella clase. Supongamos para mayor sencillez que toda la elaboración se haya de hacer en el mismo país. ¿Qué sucederá? Es necesario procurarse las primeras materias, prepararlas, fabricarlas, y ponerlas en estado y lugar en que estén á disposición del comprador, que las necesita. ¿Qué es lo que ha de satisfacer el comprador, para que pueda proporcionarse la porción de tejido que necesita? Todo cuanto ha costado el ponerle la tela en la mano; y ¿por qué? porque si no se puede atender á todo lo que se necesita para que tenga á la mano la materia primera, la materia primera no se tendrá; si no se puede atender á todo lo que se necesi-

ta para la construcción, conservación y movimiento de las máquinas que sirven á la fabricación, y al arreglo, conducción y colocación de las piezas, las piezas no se hallarán en la tienda ó almacén, y el que necesita el tejido no le encontrará cuando lo busque. Es preciso pues que se someta el comprador á pagar la cuota que le corresponde para cubrir todo esto; y desde entonces correrá de su cuenta, en proporción á su gasto, la cría y manutención de todos los animales que en ello se emplean, deberá pagar también sus arreos, deberá alimentar á los jornaleros y á sus familias, cubriendo al menos sus más precisas necesidades, deberá también contribuir á conservar y engrandecer un poquito ó tal vez mucho la cómoda vivienda de los fabricantes, deberá mantener en arreglado aseo y comodidad á sus familias, deberá costear el lujo y los caprichos del comerciante que abarca en grande las empresas, y deberá mantener, al menos en modesta decencia, al artista que ha construído las máquinas: no podrá olvidarse tampoco del contingente que le toca para que el sabio que ha suministrado la idea no sufra algún desvanecimiento, de puro ayunar, y se vea por consiguiente obligado á cesar en su provechosa tarea.

¿Pero todas estas consideraciones no constituyen el valor en su mismo coste? No: y para palparlo supongamos que se presenta en el mercado una remesa de géneros de igual perfección, pero á menor precio, por razón del mayor adelanto de la fabricación de los nuevos competidores; desde luego los primeros tendrán que acomodarse al precio de los segundos, so pena de no vender nada; y sin embargo el género les cuesta á ellos lo mismo; pero ni á sus propios ojos tendrá el mismo valor; y dirán naturalmente: esta competencia nos cuesta tanto de pérdida. Y ¿por qué? porque ellos entonces ya no son necesarios, las necesidades se pueden satisfacer de otra manera menos costosa, y todo el mundo se reiría, si debiendo hacerse una paga en género, pretendiese uno de ellos contarle al antiguo precio, sólo porque á él le cuesta lo mismo que antes. Otro

ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicación muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conexión entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y más que las obras de los otros; ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¡qué aberración! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador?—Porque es muy bueno y lo vale.—¿Veis cómo el coste es hijo del valor, y cómo existe el valor antes del coste?—¡Oh! no es que lo valga, sino que él exige esto.—Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro?—Porque no lo hallo tan bueno.—Es decir que si lo tenías, ya no lo cambiarías con los otros.—Cierto.—Pues entonces cuando dices más bueno quieres decir que ya de suyo vale más; pues que para hacer el cambio pedirías una compensación. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 7.º

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas excogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen se echa de ver la sinrazón con que algunos han atribuído á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos su satisfacción,

condenando no sólo las augustas doctrinas del Evangelio, sino también las de los más distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores; el sufrimiento y la abstinencia es según ellos una infracción de las leyes de la naturaleza; es obrar contra los designios del Criador; es romper la armonía del Universo, que debiera resultar de la ilimitada expansión de todos los sentimientos, de la completa satisfacción de todas las pasiones. Luis Reybaut en su obra titulada *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linaje de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo había llevado demasiado lejos la lucha entre la razón y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade que hallando esta exageración su correctivo en nuestros mismos instintos, no exponía la humanidad á una decadencia. Esta observación nos presenta la religión cristiana exagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad exagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmación, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á explicar conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos: aquéllos obligan á todo cristiano, estos nó; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna, la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfección: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que